LA PRESENTACIÓN DE UNA SOBERANA. LAS ENTRADAS DE LA EMPERATRIZ ISABEL DE PORTUGAL (1503-1539)*

María José Redondo Cantera
Universidad de Valladolid

Por su matrimonio con su primo Carlos de Habsburgo (1500-1558), Isabel de Avis (1503-1539), la mayor de las hijas del rey portugués Manuel I «el Afortunado» (1459-1521) y hermana del entonces monarca de Portugal, Juan III (1502-1557), se convertía en la esposa del soberano más poderoso de su tiempo y pasaba a ser reconocida como Emperatriz.

1. Las entradas de Isabel de Portugal al servicio de la política de Carlos V

La monarquía carolina cobró un nuevo rumbo tras estas nupcias, celebradas en Sevilla el 10 de marzo de 1526. El enlace matrimonial con la Infanta portuguesa satisfacía una de las repetidas peticiones que las cortes castellanas habían hecho a Carlos V[1] y posibilitaba la generación de

* Este texto ha sido redactado como parte del Proyecto I+D «La materialización del proyecto. Aportación al conocimiento del proceso constructivo desde las fuentes documentales (siglos XVI-XIX)», HAR2013-44403, financiado por el Ministerio de Economía y Competividad, y dentro del marco del GIR «IDINTAR» (Identidad e intercambios artísticos. De la Edad Media al Mundo Contemporáneo) de la Universidad de Valladolid.

1 Ya en 1518, en las primeras cortes de Castilla que se reunieron en Valladolid con motivo de su llegada a España, los procuradores solicitaron al nuevo monarca que se

una descendencia legítima, lo que aseguraría la continuidad dinástica y contribuiría a proporcionar estabilidad al reino. Tales expectativas se confirmaron con el estado de gestación de Isabel de Portugal meses después de la boda. Era preciso que tan feliz acontecimiento se transmitiera lo antes posible y de modo generalizado a los súbditos[2].

El medio propagandístico más eficaz del que dispuso Carlos V para comunicar estas novedades fue la presentación de su esposa en el marco de la fiesta pública, bien porque apareciera junto a él, asistiendo como espectadora a la celebración de ciertas justas o torneos, como ya se hizo en Sevilla[3], o acompañándole en los usuales recibimientos ceremoniales que se tributaban a los monarcas –ritual habitual también en la Europa occidental– cuando entraban por primera vez en las ciudades[4], como ya sucedió en la primavera de 1526 en Écija (17 de mayo), Córdoba (19 de mayo) y Granada (4 de junio)[5].

casara. En las cortes celebradas en 1523 en Valladolid, tras la grave crisis de las Comunidades, y en 1525, en Toledo, se insistió en tal petición y se convirtió en el primer punto a tratar. En las cortes toledanas los procuradores señalaron claramente a la Infanta portuguesa como la candidata adecuada. *Cortes de los antiguos reinos de León y de Castilla*, t. IV, Madrid: Establecimiento Tipográfico de los Sucesores de Rivadeneyra, 1882, pp. 262, 365 y 404-405, disponible en https://bibliotecadigital.jcyl.es/es/consulta/registro.cmd?id=16930.

2 Ya en noviembre de 1525, tras haberse celebrado previamente unas bodas por poderes, que tuvieron que repetirse tras haber conseguido una nueva autorización papal que salvara todos los inconvenientes del cercano grado de parentesco, Carlos V comunicó el enlace a las principales ciudades castellanas mediante una Real Cédula, como la que llegó a Córdoba, publicada por GÓMEZ-SALVAGO SÁNCHEZ, M., *Fastos de una boda real en la Sevilla del Quinientos (Estudio y documentos)*, Sevilla: Universidad de Sevilla, 1998, pp. 188-189.

3 El 15 de abril de 1526, tras la Semana Santa y el luto que se guardó por el fallecimiento de Isabel de Austria (1501-1526), hermana de Carlos V, la Emperatriz volvió a aparecer en público en las justas celebradas en la Plaza de San Francisco, MEXÍA, P., *Historia del Emperador Carlos V*, Madrid: Espasa Calpe, 1945, p. 426.

4 Para los precedentes medievales, ANDRÉS DÍAZ, R. de, «Las "entradas reales castellanas" en los siglos XIV y XV, según las crónicas de la época», *En la España medieval*, 4, 1984, pp. 47-55. Una completa definición de estas ceremonias y su trayectoria historiográfica, en CARRASCO MANCHADO, A. I., «Las entradas reales en la corona de Castilla: pacto y diálogo político en torno a la apropiación simbólica del espacio urbano», en BOUCHERON, P. y GENET, J.-P. (dirs.), *Marquer la ville. Signes, traces, empreintes du pouvoir (XIII^e-XVI^e siècle)*, París-Roma: Éditions de la Sorbonne, École française de Rome, 2013, pp. 191-217. Para los precedentes medievales, véase una revisión de la cuestión desde el punto de vista metodológico en CARRASCO GARCÍA, G., «Ritual político, antropología e historiografía bajomedieval hispánica», *Espacio, tiempo y forma*, 30, 2017, pp. 162-167.

5 BERMÚDEZ DE PEDRAZA, Francisco, *Historia eclesiástica. Principios y progresos de la ciudad, y religión*

Carlos V decidió utilizar otro modo para conseguir una mayor visibilidad de la Emperatriz, el de la solemne entrada de su esposa en solitario. En ocasiones anteriores los recibimientos ceremoniosos de las ciudades se habían hecho extensivos a otros ilustres personajes, sobre todo a los príncipes herederos[6], pero no tuvieron el mismo alcance político, ya que carecían del significado de pacto con los habitantes de la ciudad a la que llegaban[7]. En 1526 unas y otras entradas ya tenían una tradición en los reinos hispánicos. Configurado y codificado el ritual a lo largo de la Baja Edad Media, este tipo de ceremonia había conocido una acusada potenciación durante el reinado de los Reyes Católicos[8].

Las entradas de Isabel de Portugal durante 1526 y 1527 tuvieron también como finalidad la presentación de la consorte como la futura regente de Castilla. Por entonces aún no se habían producido los problemas más graves que se le plantearon a Carlos V desde comienzos de la década siguiente más allá de las fronteras hispánicas (la Reforma protestante, la amenaza turca y berberisca en el Mediterráneo, o la nueva guerra con Francia en 1536-1538), pero el monarca estaba impaciente por desplazarse a Italia para recibir la corona imperial de manos del Papa, lo

católica de Granada, Granada, 1638 (ed. facsímil, Granada, 1989), p. 212 y GÓMEZ-SALVAGO SÁNCHEZ, M., *op. cit.* (nota 2), pp. 192-194.

6 Para el viaje de los Archiduques por los territorios hispánicos destacan las crónicas de LALAING, A. de, «Primer viaje de Felipe el Hermoso a España en 1500I», en GARCÍA MERCADAL, J., *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, t. I, Valladolid: Junta de Castilla y León, 1999, pp. 414-473 y el *Codex Vindobonensis Palatinus 3410*, manuscrito anónimo y redactado en francés, conservado en la Biblioteca Nacional de Viena, traducido y comentado por PORRAS GIL, M. C., *De Bruselas a Toledo. El viaje de los archiduques Felipe y Juana*, Valladolid: Universidad de Valladolid, 2015; sobre las entradas en particular, pp. 74-96.

7 NIETO SORIA, J. M., *Ceremonias de la realeza. Propaganda y legitimación en la Castilla Trastámara*, Madrid, Nerea, 1993, pp. 128-130.

8 Las entradas de la pareja real en Toledo y Sevilla marcaron un hito en el aumento de la brillantez en estas ceremonias. Sobre ellas, CARRASCO MANCHADO, A. I., *Isabel I de Castilla y la sombra de la legitimidad. Propaganda y representación en el conflicto sucesorio (1474-1482)*, Madrid, Sílex, 2006, pp. 274-283 y 296-302. Sobre las de Fernando el Católico como regente en Sevilla, LLEÓ CAÑAL, V., «Recibimiento en Sevilla del rey Fernando el Católico (1508)», *Archivo Hispalense*, 61, 188, 1978, pp. 9-23 y en Valladolid al año siguiente, ANDRÉS DÍAZ, Rosana de, «Fiestas y espectáculos en las "Relaciones góticas" del siglo XVI», *En la España medieval*, 14, 1991, pp. 321-326 y 328-333; y a su vuelta de Italia, FALOMIR FAUS, M., «Entradas triunfales de Fernando el Católico tras la conquista de Nápoles», en *La visión del mundo clásico en el arte español*, Madrid, CSIC, 1993, pp. 49-55 y KNIGHTON, T. y MORTE GARCÍA, M. C., «Ferdinand of Aragon's Entry into Valladolid in 1513: The triumph of a Chistian King», *Early Music*, 18, 1999, pp. 119-163.

que había de convertirle indiscutiblemente en el soberano con mayor categoría de la Europa Occidental. Durante su ausencia el Emperador tenía que dejar la gobernación de sus reinos a alguien de confianza, a ser posible de la familia, ya que las Comunidades no estaban lejanas. Su hermano Fernando habría sido el regente más adecuado, pero quizá no el más conveniente, por lo que Carlos V ya lo había apartado de su lado. Nadie mejor que su esposa para ser su *alter ego* institucional, como ya tenía pensado desde tiempo atrás[9].

La visibilidad de la asimilación de la nueva consorte al máximo rango se había puesto en práctica ya desde las primeras entradas de Isabel de Portugal, en Badajoz (7 de febrero de 1526), a pocos kilómetros del punto de la frontera en el que se efectuó la ceremonia de «la entrega» al séquito que la esperaba en representación del Emperador[10], y en Sevilla (4 de marzo de 1526), donde se celebraría el matrimonio, tras esperar la Infanta portuguesa durante casi una semana a Carlos V, quien ultimaba la redacción del Tratado de Madrid. No se debe descartar, sin embargo, que tal retraso fuera deliberado, con objeto de separar ambos recibimientos, de modo que la novia tuviera su propio tiempo de homenaje y visibilidad, y que la ciudad de Sevilla dispusiera de unos días que le permitieran recuperarse y retomar fuerzas para la apoteósica entrada del Emperador[11].

9 Más de un año antes de celebrarse el matrimonio, el 3 de abril de 1525 Martín de Salinas comunicaba al infante don Fernando: «S. M. ha determinado de se casar con la Infanta de Portugal [...] porque S. M. quiere pasar en Italia á se coronar y quiere dexar en la gobernacion á la muger», RODRÍGUEZ VILLA, A. (ed.), *El Emperador Carlos V y su corte según las cartas de Don Martín de Salinas, embajador del Infante don Fernando (1522-1539)*, Madrid: Real Academia de la Historia, 1903, p. 270.

10 Es uno de los episodios de la vida de la Emperatriz del que se han conservado mayor cantidad de testimonios, a través de fuentes documentales y literarias, sobre todo las crónicas portuguesas y españolas. El *corpus* documental más extenso sobre ello son las cartas escritas por el marqués de Vila real a Juan II, publicadas por BRAANCAMP FREIRE, A., «Ida da Emperatriz D. Isabel para Castela», *Boletim da Classe de Letras*, 13, 2 (1918-1919, ed. en 1921), pp. 585-594. Una descripción de la entrega en *Casamento da emperatriz dona Isabel, filha del rei dom Manoel, a qual seu irmã, don João 3º, casou com o emperador Carlos 5º*, ms, Arquivo Nacional da Torre do Tombo, Lisboa, Mescelania, libro 1169, fols. 169v-170v, publicado por GÓMEZ-SALVAGO SÁNCHEZ, M., *op. cit.* (nota 2), pp. 240-242.

11 Habitualmente esa diferencia de fechas se ha interpretado como algo no previsto y como la posibilidad de que la entrada de la Emperatriz sirviera de ensayo para la de Carlos V, MORALES, A. J., «Recibimiento y boda de Carlos V en Sevilla», MORALES, A. J. (com.), *La fiesta en la Europa de Carlos V*, Madrid, 2000, p. 31.

1.1. Las entradas de 1526 y 1527

En diciembre de 1526, transcurridos siete meses en Andalucía, durante los cuales Carlos V había tomado contacto con las múltiples realidades de esas tierras, y probablemente –algo que no recogen habitualmente los libros de Historia– tras haber obtenido la certeza de que el embarazo de la Emperatriz se confirmaba y seguía adelante después de una fase inicial, el Emperador emprendió un rápido viaje hacia Valladolid, ya que había convocado Cortes para obtener la financiación que le permitiera luchar contra las amenazas francesa y turca.

A partir de entonces se puso claramente de manifiesto cómo en los traslados de la corte los calendarios –y a menudo también los trayectos– fueron diferentes para la pareja imperial[12], con «dos velocidades» distintas, aunque los puntos de partida y de llegada fueran los mismos. Este desigual modo de viajar de ambos se debía a que Carlos V lo hacía rápidamente, cabalgando sobre briosos corceles, mientras que su esposa se desplazaba mucho más despacio, generalmente dentro de literas transportadas por mulas, y a menudo lo hacía acompañada de numerosas carretas que, en esa itinerancia de la corte, transportaban el grueso o parte de las recámaras[13].

1.2. «Como a su persona real» *y la presentación de la descendencia*

El diferente viaje de la pareja imperial desde Granada a Valladolid proporcionó la oportunidad de preparar, en ciertas ciudades significativas del trayecto, una serie de entradas en solitario de la Emperatriz, quien

12 Carlos V partió de Granada el día 10 de diciembre de 1526 y llegó a Valladolid el 25 de enero de 1527; en el camino se encontró con condiciones climáticas adversas que dificultaron su avance. Según se extendió en aquel momento, durante su camino el Emperador había perdido «en aquel durísimo temporal muchos caballos, acémilas y hombres», DANTISCO, J., «El embajador polaco Juan Dantisco en la corte de Carlos V. 1524-1527», en GARCÍA MERCADAL, J., *op. cit.* (nota 6), p. 774. Además, se detuvo varios días en Aranjuez y El Pardo. FORONDA Y AGUILERA, M. de, *Estancias y viajes del Emperador Carlos V desde el día de su nacimiento hasta el de su muerte, comprobados y corroborados con documentos originales, relaciones auténticas, manuscritos de su época y otras obras existentes en los Archivos y Bibliotecas Públicas y particulares de España y del Extranjero*, Madrid: Establecimiento Tipográfico de los Sucesores de Rivadeneyra, 1914, pp. 281 y 284. La Emperatriz debió de permanecer algún tiempo más que su esposo en la ciudad nazarita.

13 REDONDO CANTERA, M. J., «La itinerancia de la emperatriz Isabel de Portugal y de su recámara», en *El arte y el viaje*, Madrid: CSIC, 2011, pp. 484-485.

fue acompañada por varios miembros del Consejo Real y por otros miembros de la Casa de Carlos V, además de sus propios servidores. El protocolo de estas entradas se consultó con el Emperador, quien dispuso que se diese a su esposa el mismo recibimiento que a sí mismo, como ya lo había ordenado para su entrada en Sevilla[14]. Con ello Carlos V se referiría sobre todo al tratamiento y a los diversos elementos celebrativos que componían el ceremonial[15], ya que en aquellos momentos no incluyó el juramento de reconocimiento de los privilegios de las ciudades por parte de la Emperatriz ni la simbólica entrega de las llaves por las autoridades municipales, rituales que eran imprescindibles en el caso de los monarcas reinantes y que tenían lugar antes de que la comitiva regia atravesara la puerta de la muralla y entrara en el recinto urbano.

A lo largo de su viaje hacia el Norte, en un primer momento se previó que las entradas de la Emperatriz se celebraran en Úbeda y Baeza. Más adelante, a lo largo de esos primeros meses de 1527, se unieron en ese trayecto las de Toledo (30 de enero), Madrid (*ca.* 5 de febrero) y Segovia (16 de febrero).

Para comprender la importancia que otorgó Carlos V a estas primeras entradas en ciudades que efectuó Isabel de Portugal en su camino de Granada a Valladolid, debe tenerse en cuenta que no solo se trataba de presentar a la esposa que recuperaba el paradigma de reina consorte[16], un referente necesario para la institución monárquica y la vida cortesana, que además reunía en su persona y apariencia –según opinión unánime– los requisitos de belleza y dignidad, sino también porque, en su trayecto desde Granada a Valladolid, durante los primeros meses de 1527, la Emperatriz llevaba consigo la promesa de la prolongación de la dinastía. Esta condición de madre de la descendencia imperial se trató de modo más discreto y reservado en otras entradas posteriores de la

14 GÓMEZ-SALVAGO SÁNCHEZ, M., *op. cit.* (nota 2), pp. 247-260. Archivo General de Simancas (en adelante AGS), Estado, leg. 14, fol. 239.

15 Sobre todo la composición de la comitiva, que debía llevar el guión, un rey de armas, ballesteros de maza, músicos (trompetas y atabales) y otro acompañamiento propio de su dignidad; y en cuanto a las entradas en las ciudades, el uso de «los palios y vestidos de los regidores».

16 Desde el último tercio del siglo XV la Corona castellana se había visto privada de ello, tras el encierro de Isabel de Portugal (1428-1496) al enviudar de Juan II en 1454, y del apartamiento de la corte de Juana de Portugal (1439-1475) por orden de su marido, Enrique IV (1425-1474).

soberana, como transmiten las crónicas que contienen las descripciones de Ávila (24 de mayo de 1531), Zaragoza (4 de marzo de 1533) y Barcelona (28 de marzo de 1533). En esas ocasiones la Emperatriz llegó acompañada de sus hijos, pero ella prefirió apartarlos de las ceremonias.

1.3. El Emperador se oculta

De modo similar a la entrada sevillana, en la que se manejaron los *tempos* de la fiesta para potenciar la visibilidad de la futura consorte, en otras ciudades donde había de instalarse la corte durante algún tiempo y en las que Carlos V ya había efectuado su entrada, se recurrió igualmente a la «ausencia» del Emperador cuando llegó Isabel de Portugal. Como los rituales de entrada solo se efectuaban una sola vez, no podían repetirse si la pareja imperial llegaba conjuntamente. De este modo, en varias ocasiones el soberano «se apartó» a una cierta distancia de la villa o se ocultó, para que la presentación de la nueva consorte se realizara con el mayor aparato posible[17]. El caso más evidente sucedió en Valladolid (22 de febrero de 1527), donde ya se encontraba Carlos V desde el mes anterior. Unos días antes de la llegada de su esposa, salió al encuentro de esta. Tras acompañarla hasta las inmediaciones de la muralla vallisoletana, fuera de la cual aguardaba a la soberana un séquito para escoltarla, se retiró y «dejándola con los grandes, se dirigió de incógnito a su palacio»[18].

En ese mismo año de 1527 las entradas de la Emperatriz en Palencia (26 de agosto) y Burgos (16 de octubre), que formaban parte de los desplazamientos de toda la corte, se solucionaron mediante la llegada del soberano a esas ciudades unas horas más tarde, tras haber hecho en los días anteriores un recorrido distinto al de su esposa.

17 En la Baja Edad Media se había practicado con la entrada de los herederos, para potenciar su visibilidad y no hacer de menos la del monarca. CARRASCO MANCHADO, A. I., *op. cit.* (nota 4), p. 203.

18 DANTISCO, J., *op. cit.* (nota 12), pp. 777. El rápido viaje de Carlos V, por las postas, desde Valladolid a Segovia en esos días es confirmado por el fiable Martín de Salinas, RODRÍGUEZ VILLA, A. (ed.), *op. cit.* (nota 9), p. 347.

1.4 La selección de las ciudades para la celebración de las entradas de la Emperatriz

Solo algunos de los núcleos urbanos por los que pasó la Emperatriz –y en los que se detuvo para alojarse durante un tiempo variable– fueron el escenario de las ceremonias de entrada. Las más espléndidas se correspondieron en general con las ciudades más importantes de los reinos peninsulares. Como ha observado Carrasco, durante la última Edad Media se puede distinguir un eje que recorre los territorios de Castilla, de norte a sur, y en el que se encuentran las villas más significativas desde el punto de vista fiscal (generalmente vinculado a su densidad de población y su capacidad económica), del asentamiento de familias nobles o del dinamismo comercial[19]. La facilidad de acceso a algunos de estos núcleos urbanos y la inserción de estos en redes de caminos los hacían propicios además para establecer allí la residencia imperial y, llegado el caso, para la reunión de Cortes. Corrobora tal articulación territorial castellana el hecho de que, como ya se ha ido viendo, para las entradas más significadas de la Emperatriz en Castilla se escogieran, según la voluntad de Carlos V, las ciudades de Sevilla, Toledo, Madrid, Segovia, Valladolid, Palencia y Burgos.

A ellas que hay que añadir las ceremonias que se le tributaron en otras ciudades en las que nunca había residido y en las que decidió instalarse –y con ella, la corte– durante parte de la larga ausencia del Emperador de sus reinos hispánicos entre 1530 y 1533. De ese modo, Isabel de Portugal recibió el correspondiente homenaje de bienvenida en Ocaña (19 de octubre de 1530), Ávila (24 de mayo de 1531) y Medina del Campo (*ca.* 1 de octubre de 1531), que se sucedieron como lugares de residencia de la soberana. Aunque llegó a todas estas ciudades como Gobernadora[20], Isabel de Portugal dio instrucciones para que en esas entradas se moderaran los fastos[21], por no hallarse el monarca en sus

19 CARRASCO MANCHADO, A. I., *op. cit.* (nota 4), pp. 200-201.

20 Según la instrucción que había dictado el año anterior, por la que en realidad las tareas de gobierno estaban en gran medida en manos de los Consejos, sobre todo del Consejo Real. Véase el documento en FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., *Corpus documental de Carlos V*, t. I: *(1516-1539)*, Salamanca: Universidad de Salamanca, 1973, pp. 131-133.

21 Está testimoniado en 1531, cuando el Corregidor de Ávila se disculpó por la sencillez de los festejos, «como se requeria en tal alto recibimiento, porque se dexan de fazer por la ausencia del Emperador y Rey nuestro señor, y porque assi V. Magestad lo embio a mandar», ARIZ, L., *Historia de las grandezas de la ciudad de Ávila*, Alcalá de Henares, 1607, tercera parte, fol. 34 v°.

reinos y en señal de respeto a su autoridad superior. Del mismo modo, también se evitaron espectáculos de tipo caballeresco, como justas y juegos de cañas, pues no se consideraba adecuada la celebración de ese alarde de resonancia militar en ausencia del Emperador.

En 1533 la Emperatriz se desplazó a la Corona de Aragón, por voluntad de su esposo. Este viaje, cuyo destino era Barcelona, tuvo también por finalidad la presentación de la consorte imperial y del heredero a los súbditos aragoneses, además de facultar a la soberana para que pudiera ejercer la regencia en aquella Corona, así como para convocar y celebrar Cortes en ausencia de Carlos V[22]. A su paso por Zaragoza, Isabel de Portugal fue acatada como regente de Aragón en el marco de su recibimiento, que tuvo lugar el 4 de marzo de 1533. La ceremonia se celebró en el interior de la Seo, a cuya entrada fue recibida por las autoridades eclesiásticas. Tras adorar la cruz que se le presentó, la soberana fue conducida bajo palio a la capilla mayor, y allí fue reconocida como Virreina y Lugarteniente General del Reino, a lo que ella correspondió con el juramento de respetar y cumplir los fueros, privilegios y los usos y costumbres del Reino de Aragón. Dado que este rito se celebró en el interior de la ciudad, tras haber atravesado la muralla, no tuvo lugar previamente el acostumbrado juramento de los privilegios de la ciudad y la entrega de llaves de esta. Pero sí consta que la capital zaragozana le regaló a la soberana dos pequeñas fuentes de oro, decoradas con esmaltes y un león[23]. Este tipo de obsequio oficia[24], en el que la decoración heráldica de cada ciudad era la protagonista, se sucedió en las localidades siguientes donde fue solemnemente recibida: Lérida[25], Cervera[26] y Bar-

22 Existía el precedente de Germana de Foix, cuando actuó en nombre de Fernando el Católico en 1510, DORMER, D. I., *Anales de Aragón desde el año MDXXV del nacimiento de Nuestro Redemptor hasta el de MDXL. Añádense primero algunas noticias muy importantes desde el año MDXVI hasta el de MDXXV*, Zaragoza, 1697, p. 542.

23 AGS, CMC, I, leg, 464, fol. 57. La transcripción del apunte contable en CHECA CREMADES, F. (dir.), *Los inventarios de Carlos V y la familia imperial*, vol. II, Madrid: Fernando Villaverde Ediciones, 2010, p. 1464.

24 Consta con anterioridad en Medina del Campo, cuyas autoridades municipales le regalaron un aguamanil de plata sobredorada, adornado con unas alcachofas y unos corcoces. AGS, CMC, I, leg. 464, fol. 94. *Id.*, p. 1508.

25 Dos fuentes de plata con el escudo de la ciudad, compuesto por un lirio sobre las barras de Aragón, AGS, CMC, I, leg. 464, fol. 87. *Id.*, p. 1501.

26 Un aguamanil con un ciervo dorado en relieve, elemento principal de su escudo. *Id.*, p. 1500 (transcrito: cuervo).

celona[27]. A esta última llegó el 28 de marzo, días antes que su esposo, como había sucedido en Sevilla años atrás. Antes de ingresar en la ciudad por la Puerta de San Antonio, se celebró una versión «aligerada» –tanto en su visualización como en su significado– del ritual aplicado a los reyes, ya que se eximió a la Emperatriz del juramento de los privilegios de la ciudad y quienes le entregaron las llaves de la ciudad no fueron las autoridades municipales sino unos niños disfrazados de ángeles[28].

2. La ciudad como marco para la entrada de la Emperatriz

Las solemnes entradas de Isabel de Portugal en las ciudades tuvieron su precedente inmediato en las tributadas previamente a Carlos V, no solo desde el punto de vista genérico, sino también en la casuística concreta de cada lugar. El Emperador ya había sido recibido ceremonialmente en casi todas las ciudades donde lo fue posteriormente su esposa, con las únicas excepciones de Sevilla –de modo premeditado, como se ha visto– y Ávila –elegida por la Emperatriz como residencia durante los meses más cálidos de 1531–, ciudades a las que ella llegó con una ligera diferencia de días en la primera y de más de tres años en la segunda[29]. En cuanto a honores de este tipo tributados a las reinas consortes que actuaron temporalmente como gobernadoras, debe tenerse en cuenta también un antecedente a mucha menor escala, pero del que pudo tener noticia directa Carlos V a través de su protagonista, pues se trataba de la asimilación a la entrada real que otorgó Fernando el Católico a Germana de Foix en territorios de la Corona de Aragón, ya que durante un corto tiempo en 1507 la francesa desempeñó la Regencia en Valencia[30].

27 Sobre esta entrada, Pérez Samper, M. de los Á., «Barcelona, corte: Las fiestas reales en la época de los Austrias», en Lobato, M. L. y García García, B. (coords.), *La fiesta cortesana en la época de los Austrias*, Valladolid: Junta de Castilla y León, 2003, pp. 157-159. La ciudad le regaló varias piezas de vajilla de plata sobredorada, entre las que destacaron dos parejas de fuentes con decoración renacentista en el borde y escudos de Barcelona en su interior, además de cuatro jarros. AGS, CMC, I, leg. 464, fols. 85, 86, 87 y 93. *Id.*, pp. 1499, 1500, 1501 y 1508.

28 Durán i Sampere, A. y Sanabre, J., *Llibre de les solemnitats de Barcelona*, vol. I: *1424-1546*, Barcelona: Institut d'Estudis Catalans, 1930, pp. 417-419.

29 La Emperatriz llegó el 24 de mayo de 1531 y Carlos V el 6 de junio de 1534, Foronda y Aguilera, M. de, *op. cit.* (nota 12), p. 389.

A continuación se presenta una selección de ciertas casuísticas locales relativas a las entradas de la Emperatriz, cuya singularidad permite apreciar cómo el sustrato ceremonial al uso se vio matizado con algunos acentos singulares. Se han incluido aquí también los preparativos del acontecimiento, pero no los festejos que tuvieron lugar en los días posteriores.

Las fuentes literarias de estas entradas se encuentran en algunas excepcionales relaciones de estas fiestas y, más frecuentemente, en las crónicas de ciertas ciudades. A su vez, la documentación administrativa y contable de esos municipios, si se conserva, transmite una información muy fiable tanto sobre lo material como de algo tan esencial en la fiesta como fue lo transitorio y volátil, aspectos ambos decisivos en la configuración de los fastos organizados[31]. Ocasionalmente diversas pinceladas fueron transmitidas por observadores externos, como fueron los embajadores Dantisco o Martín de Salinas[32].

2.1. Tiempos y lugares. El anuncio de la llegada y la preparación de los caminos

El pausado avance de la comitiva que acompañó a Isabel de Portugal desde Granada a Valladolid en 1527 permitió que las ciudades donde se

30 En Nápoles en 1506 fue conducida a un arco triunfal, FALOMIR FAUS, M., *op. cit.* (nota 8), p. 50, nota 1. Al año siguiente hizo su entrada en Valencia bajo palio, ZURITA, J., *Historia del rey Don Hernando el Católico. De las empresas y ligas de Italia*, t. 4, Zaragoza: Gobierno de Aragón, 1994, p. 248. Años más tarde fue nombrada Lugarteniente (1523) y Virreina (1526), junto a su esposo, Fernando de Aragón, de Valencia por Carlos V.

31 De la entrada en Sevilla se conservan cuatro descripciones manuscritas, tres en español y otra en italiano, GÓMEZ-SALVAGO SÁNCHEZ, M., *op. cit.* (nota 2), pp. 242-266; y la descripción de ORTIZ DE ZÚÑIGA, D., *Anales eclesiásticos y seculares de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla*, Sevilla, 1677, pp. 483-489. Para Ávila, ARIZ, L., *op. cit.* (nota 21), fols. 34-35. En Zaragoza, una relación procedente del Registro de la Ciudad de Zaragoza, fue publicada parcialmente por PÉREZ PASTOR, C., *Noticias y documentos relativos a la Historia y Literatura españolas*, Madrid: Real Academia Española, 1914, pp. 413-419 y ALENDA Y MIRA, J., *Relaciones de Solemnidades y fiestas públicas de España*, Madrid, t. I, 1903, pp. 28-30; y completa por RÍO, A. del, *Teatro y entrada triunfal en la Zaragoza del Renacimiento*, Zaragoza: Ayuntamiento de Zaragoza, 1988, pp. 62-77; otra versión en DORMER, D. I., *op. cit.* (nota 22), pp. 524-528. Para Barcelona, FELIU DE LA PEÑA Y FARELL, *Anales de Cataluña*, t. III, Barcelona, 1709 (ed. facsímil, Barcelona, 1999), p. 174. En cuanto a la documentación, dado que los gastos del recibimiento fueron pagados por las respectivas ciudades, son esenciales las actas de sus ayuntamientos, con sus debates, dudas y decisiones y, aún más, los registros contables de los pagos.

32 La referencia de las publicaciones de sus relatos, en notas 12 y 9, respectivamente.

iba a celebrar su entrada solemne conocieran la llegada de la soberana con semanas de antelación y tuvieran tiempo de preparar lo necesario. Madrid, por ejemplo, recibió el aviso con más de un mes de margen, y a Segovia la Emperatiz llegó con una antelación superior al mes y medio, aunque en esta última ciudad solo debieron de empezar los trabajos de acondicionamiento del viario urbano dos semanas antes.

No parece que antes de la partida hubiera un calendario previamente fijado para las etapas, ya que Carlos V dejó la decisión de las paradas a su esposa, aunque sí una estimación general para que Isabel de Portugal se encontrara en Valladolid durante los últimos meses de su gestación. La marcha de la comitiva que acompañaba a la soberana fue muy lenta, ya que el Emperador ordenó que las jornadas que hiciera su esposa fueran cortas, no más de unos diez o quince kilómetros[33]. Sin duda se trataba de que el embarazo no se malograra a causa del viaje. La Emperatriz iba transportada en una litera, llevada a mano cuidadosamente por un nutrido grupo de porteadores, con objeto de reducir al máximo el traqueteo del transporte[34]. Al pausado avance de ese largo viaje se añadieron algunas paradas de varios días en las ciudades más significativas del trayecto y los obstáculos que ofrecía el estado de los caminos, ya que hubo que atravesar puertos de montaña y superar los inconvenientes de las inclemencias del invierno, que fueron particularmente duras en esos meses y que habían ocasionado daños en algunos puntos del trayecto[35]. De este modo consta que, para facilitar la llegada de la Emperatriz y su comitiva, el concejo de Segovia se ocupó de despejar el Puerto de la Tablada (entre Guadarrama y San Rafael) e hizo reparar dos

33 Cuando al llegar a La Mancha las condiciones mejoraron, la Emperatriz quiso avanzar más rápidamente y su comitiva llegó a recorrer cinco leguas al día (casi 20 kilómetros), lo que el Emperador consideró excesivo y ordenó tajantemente que se redujera, AGS, Estado, leg. 15, fol. 75. Más tarde, ya sin estar embarazada, la media de distancia en las etapas de desplazamiento de la Emperatriz se situó en torno a los veinte o treinta kilómetros, lo que estaba condicionado por la orografía, el estado de los caminos y las horas de luz disponibles en las distintas estaciones.

34 Un total de treinta y seis porteadores, que incluiría un grupo de reemplazo, y su capataz. El pago a su llegada a Valladolid, en PASCUAL MOLINA, J. F., *Fiesta y poder. La corte en Valladolid (1502-1559)*, Valladolid: Universidad de Valladolid, 2013, p. 141.

35 Carlos V salió de Granada «con furioso temporal de viento, por un camino enfangado y de continuas lagunas, con incesante lluvia y nieve» y llegó a Valladolid «perdiendo en aquel durísimo temporal muchos caballos, acémilas y hombres», DANTISCO, J., *op. cit.* (nota 12), p. 774. Las cortes convocadas en Valladolid tuvieron que aplazarse.

puentes sobre el Eresma en el camino de salida hacia Valladolid[36]. Meses antes, anunciado el arribo de la pareja imperial a Granada, se habían reparado los caminos y los puentes entre Santa Fe y la antigua capital nazarita[37].

En la comunicación de la llegada de la Emperatriz a aquellos municipios en los que había de ser recibida con entrada ceremonial, Carlos V quiso compaginar la magnificencia, ya que recordó que quería que se le diera el mismo tratamiento como a él mismo, con una cierta contención en el gasto, por lo que añadía que el «que para ello se ovyere de hazer se modere en todo quanto ovyere lugar», ya que no tardaría en pedir a esas mismas poblaciones –como al resto de las españolas– su contribución para la financiación las campañas imperiales[38]. Los respectivos concejos informaron de la llegada de la soberana a las élites locales –nobiliarias y eclesiásticas– y concitaron su colaboración en la ceremonia. El resto de los vecinos tuvo noticia de ello a través del pregonero –el medio más eficaz del que se disponía en la época para comunicar la proximidad de un acontecimiento– como el que recorrió con un tambor las calles de la ciudad de Segovia durante los quince días previos a la llegada de la Emperatriz.

2.2. *El saneamiento de la ciudad*

Por su parte, la ciudad conseguía recuperar en aquellos momentos, al menos a lo largo del recorrido ceremonial, un estado más saneado. Durante los días anteriores se limpiaban los lugares por donde había de discurrir el cortejo, de donde se habían quitado obstáculos para el paso (montones de basura, escombros, etc.) y se habían eliminado los charcos y lodazales. También se prestó especial atención al trayecto previo, para no producir una impresión negativa de la ciudad ni deslucir la entrada. De este modo, antes de que la pareja imperial llegara a Granada el 4 de junio de 1526, se regó la zona *extramuros* que precedía a la Puerta Elvira, con objeto de evitar el polvo; también se blanqueó la Puerta y, ya

36 Archivo Municipal de Segovia (en adelante AMS), leg. 388-1: *Quenta de los gastos que se hizieron en el recivimiento de la emperatriz.*

37 GÓMEZ-SALVAGO SÁNCHEZ, *op. cit.* (nota 2), p. 198.

38 Como ejemplo, véase la copia de cédula dada por Carlos V en Almagro, a 20 de diciembre de 1526, en AMS, leg. 388-1, envoltorio primero.

en el interior, se recompuso el empedrado de las calles y se reparó la acequia del Darro, para evitar los malos olores, entre otras muchas operaciones[39]. En Toledo se limpió «el camino del carmen por do entró su magestad» y se quitó el barro de la calle de los herreros[40]. En Segovia estas operaciones se llevaron a cabo con especial atención en los arrabales del sur, por donde se acercaría la comitiva de la Emperatriz, a través de las zonas de las Plazas de la Cruz del Mercado, Santa Eulalia y Azoguejo. Aunque no hay seguridad de que se alojara en el Alcázar, es bastante probable que al menos llegara hasta allí, ya que se pagó por «linpiar la calle que esta cerca del Alcaçar e quytar la piedra por donde pasava su magestad», junto al antiguo arco de piedra por el que se accedía al área de la fortaleza[41] y que curiosamente sucumbió treinta y cinco años después, para levantar en su lugar un arco de triunfo efímero, con motivo de la entrada en la ciudad de otra reina, Ana de Austria, quien acudía a casarse con Felipe II[42]. El saneamiento de las calles también se llevó a cabo en Valladolid, pues días antes de que llegara la Emperatriz el Concejo prohibió a los vecinos que arrojaran agua por delante de sus casas en todo el trayecto que había de recorrer la comitiva, desde el Arco de la Puerta del Campo a la casa de Bernardino Pimentel, donde se alojó[43]. Meses más tarde, en agosto de 1527 el concejo de Palencia decidió plantar una avenida de árboles –álamos entre ellos– por delante de la Puerta del Mercado, el ingreso meridional de la muralla, por donde llegaba la soberana desde Valladolid. Y para que no se produjera una polvareda antes de la entrada, se ordenó regar el suelo y cubrirlo con una capa herbácea de espadañas[44].

39 Otros esfuerzos de la ciudad se concentraron en preparar la Plaza de Bibarrambla como escenario de espectáculos y en hacer más transitables los accesos a la Alhambra. Una primera aproximación en GALLEGO MORELL, A., «La corte de Carlos V en la Alhambra en 1526», en *Miscelánea de estudios dedicados al profesor Antonio Marín Ocete*, t. I, Granada, 1974, pp. 269-273. La publicación de las cuentas, en GÓMEZ-SALVAGO SÁNCHEZ, M., *op. cit.* (nota 2), pp. 196-202.

40 Archivo Municipal de Toledo (en adelante AMT), Hacienda, Propios y arbitrios, leg. 2121, s. fol. Cuentas y cargo del Mayordomo, 1521-1527.

41 Data de la cuenta tomada a Diego del Valle por los gastos de la entrada. Por esta tareas se pagaron dos reales (68 maravedís). AMS, *loc. cit.* (nota 36), s. fol.

42 BÁEZ DE SEPÚLVEDA, J., *Relacion verdadera del recibimiento que hizo la ciudad de Segovia a la magestad de la reyna nuestra señora Anna de Austria, en su felicisimo casamiento que en la dicha ciudad se celebro*, Alcalá, 1572, 2ª ed., Segovia, 1998, pp. 142-143.

43 PASCUAL MOLINA, J. F., *op. cit.* (nota 34), p. 143.

2.3. La llegada de la Emperatriz

Como el ceremonial de la entrada ocupaba buena parte del día, convenía que la soberana llegara a la ciudad con tiempo suficiente de que se celebrara el festejo preparado y con una apariencia adecuada a su excelsa condición. Por ello, pernoctaba la víspera en un punto cercano, donde pudiera reponerse del cansancio del viaje y engalanarse suntuosamente para mostrarse con la mayor prestancia a la vista de sus súbditos. Hasta el momento son muy pocos los edificios o lugares de los que tenemos la certeza de que le sirvieran como alojamiento durante esa noche previa. Tan solo constan el convento de San Jerónimo de Buenavista en Sevilla, la localidad de Santa Fe cuando entró junto a Carlos V en Granada, la Aljafería en Zaragoza y el monasterio de Valdonzella en Barcelona, donde esperó dos días a que la ciudad estuviera preparada. Si se tiene en cuenta que este lugar de pernoctación no estaría a una gran distancia, en ningún caso mayor a los quince kilómetros de las etapas medias diarias cubiertas durante el periodo de gestación de la Emperatriz, y que generalmente se ubicaba en una zona extramuros de la ciudad, es posible proponer otros conventos o monasterios, sobre todo los de patronato real, para este tipo de alojamiento. Tales serían los jerónimos de La Sisla en Toledo y de San Jerónimo el Real en Madrid, los de clarisas de San Antonio el Real en Segovia y de Calabazanos (Palencia), el franciscano del Abrojo en Boecillo (Valladolid), o el benedictino de las Huelgas en Burgos.

Al igual que se practicaba con los reyes, una comitiva de composición variable, pero de predominante carácter militar, con miembros de los linajes más destacados de las respectivas ciudades, a los que eventualmente se unían autoridades municipales, religiosas y representantes de gremios, salía fuera de la ciudad, a una cierta distancia, al encuentro de la Emperatriz, lo que ya tenía lugar un tanto entrado el día[45]. Tras salu-

44 Archivo Municipal de Palencia (AMP), Libro de Actas de 1527, Ayuntamiento celebrado el 20 de agosto de 1527, fol. 150.

45 Este encuentro previo se puede calcular en uno o dos kilómetros del recinto amurallado. Su ubicación en la zona de San Lázaro, en Sevilla, o de las Hervencias, en Ávila, ayuda a dimensionar esa distancia que, en cualquier caso, estaría sometida a variaciones. Sobre Ávila, ARIZ, L., *op. cit.* (nota 21). La hora de las dos de la tarde que también se recoge en la crónica abulense fija el comienzo de la celebración de estas fiestas a partir del mediodía y su desarrollo a lo largo de la tarde. Por el momento se carece de información sobre el encendido, durante el paso de la comitiva real, de las antorchas

darse ambas partes ceremoniosamente, la soberana era escoltada por ellos hasta la muralla.

Si la Emperatriz se había desplazado hasta allí en litera[46], descendía de ella y continuaba su recorrido por el interior urbano cabalgando en una hacanea, ricamente enjaezada y probablemente de su propiedad[47]. Sobre su montura la Emperatriz ofrecía una imagen más mayestática, era más fácilmente visible a la mirada de los habitantes de la ciudad y, a su vez, ella también podría observar lo que sucedía en su entorno, como manifestó durante su entrada en Sevilla[48]. Ya desde su dote matrimonial, en diversos inventarios de Isabel de Portugal[49] se registraron numerosas y ricas piezas de estas guarniciones de montura de gala que se usarían en estos ceremoniales, con múltiples piezas de plata que se fueron ampliando a lo largo de los años.

Hubo al menos dos excepciones a la entrada de la Emperatriz a lomos de una cabalgadura. La primera, en Valladolid, se justificó por no arriesgar su estado de gestación por lo que, al igual que en el camino que la había llevado hasta allí, fue transportada en una litera llevada por porteadores, lo que a la lengua afilada de Dantisco, embajador del Rey de Polonia, le evocó más un rito funerario que una ceremonia de bienvenida[50]. La segunda, en Ávila, parece que se debió más a una cuestión protocolaria, por encontrarse ausente su esposo, que a un motivo de salud, ya que la Emperatriz descendió de la litera al llegar a la catedral, a cuyas puertas se celebraron diversas ceremonias[51].

Por lo que conocemos, Isabel de Portugal eligió cuidadosamente su indumentaria para mostrarse en estas ocasiones. En Sevilla llevaba un

o «luminarias» colocadas en las fachadas de las casas ubicadas en las vías del recorrido, mientras que sí consta su iluminación durante la noche siguiente a la entrada.

46 Sobre el uso de este vehículo por la Emperatriz, REDONDO CANTERA, M. J., *op. cit.* (nota 13), pp. 485-490.

47 REDONDO CANTERA, M. J., *op. cit.* (nota 13), pp. 491-493.

48 Pidió que las mujeres se quitaran los sombreros, para poder verlas, FERNÁNDEZ DE OVIEDO, G., «Relación de lo sucedido en la prisión del rey de Francia, desde que fue traido en España, por todo el tiempo que estuvo en ella, hasta que el Emperador le dio libertad y volvió en Francia, casado con Madama Leonor, hermana del emperador Carlos V, rey de España», en *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. XXXVIII, Madrid, 1861, p. 451.

49 AGS, Estado, leg. 14, fol. 239. CHECA CREMADES, F. (dir.), *op. cit.* (nota 23), pp. 1305-1306.

50 DANTISCO, J., *op. cit.* (nota 12), p. 777.

51 ARIZ, L., *op. cit.* (nota 21), fols. 34-35.

vestido de raso blanco, acuchillado y forrado en tela de oro, y se tocaba con un sombrero o una gorra del mismo tejido, adornado con perlas, piedras preciosas y una pluma blanca[52]. También en Granada vistió de blanco, mientras que en Zaragoza, consta que llevaba un traje negro «a la portuguesa»[53], lo que afirmaba su propio linaje real, pero también expresaba que compartía procedencia con la patrona de Zaragoza, Santa Engracia, a la que la tradición atribuía un origen luso.

2.4. El recorrido urbano de la entrada

En sus entradas la comitiva de la Emperatriz atravesaba buena parte del trazado urbano, ya que el itinerario se iniciaba en una puerta de la muralla y terminaba en el edificio destinado al alojamiento real. En ocasiones ambos puntos estaban separados por una apreciable distancia, cuando no en los extremos de la ciudad, como se ha visto en Segovia[54] o también sucedió en Granada y Sevilla. En esta última ciudad, que había sido escenario de brillantes recibimientos tributados a los Reyes Católicos, se había configurado de hecho una suerte de *via triunfalis* que comenzaba al norte, en la Puerta de la Macarena y terminaba al sur, en el Real Alcázar, tras haber recorrido más de dos kilómetros y medio, con algún tramo un tanto zigzagueante[55]. En Zaragoza se hizo mucho más largo porque incluyó tres tramos que recorrían una parte de la ciudad de oeste a este en paralelo[56]. Por el contrario, fue excepcionalmente corto el de la entrada en Ávila, ya que la Emperatriz entró por la Puerta del Alcázar y se alojó en el Palacio de los Velada, frente a la Catedral[57], en

52 Fernández de Oviedo, G., *op. cit.* (nota 49), p. 450.

53 Pérez Pastor, C., *op. cit.* (nota 31), p. 416; Dormer, D. J., *op. cit.* (nota 22), p. 526.

54 El recorrido, uno de los más frecuentados aún hoy en día en el casco antiguo de Segovia, tenía como referencias la Alhóndiga, la iglesia de San Martín, la antigua Cárcel (hoy Biblioteca Pública) y la iglesia de San Miguel, antes de llegar a la actual Plaza Mayor, zona con una configuración muy distinta por entonces, así como la Catedral que sustituía a la anterior románica y que aún estaba en obras.

55 Véanse los planos incluidos en Gómez-Salvago Sánchez, M., *op. cit.* (nota 2), p. 130 y Morales, A. J., *op. cit.* (nota 11), p. 32.

56 Río, A. del, *op. cit.* (nota 31), p. 19.

57 Ariz, L., *op. cit.* (nota 21), p. 34; Foronda, M. de, «Estancia en Ávila de la Emperatriz D.ª Isabel durante el verano de 1531», *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, 13, 1905, pp. 226-229.

una situación muy céntrica del núcleo urbano, una de las elecciones más frecuentes para establecer su residencia.

A lo largo del recorrido se combinaron trayectos y paradas de distinta naturaleza, generalmente para dar ocasión a representaciones teatrales o espectáculos organizados por los gremios. Los más espléndidos de estos se celebraron en Zaragoza, aunque el cansancio de la Emperatriz impidió que se desarrollaran en su totalidad.

La parada más importante tenía lugar en la catedral o, en su defecto, en la iglesia de mayor jerarquía de la ciudad, ya que el poder real estaba obligado a reconocer la supremacía espiritual representada por el obispo quien, en unión del cabildo catedralicio, esperaba a las puertas del templo. Tras el ritual que allí tenía lugar, seguían unos momentos de oración en el interior. Habitualmente el lugar elegido para ello era la capilla mayor de la catedral, cuyo patronato estaba reservado a la Corona. En Sevilla tuvo un acento especial, ya que ese momento se ubicó en la capilla de la Virgen de la Antigua[58], imagen y advocación de especial devoción en la familia real de la Corona de Castilla, sobre todo de las reinas, ya que se vinculaba a la descendencia[59].

2.4. Arcos triunfales y otras arquitecturas efímeras

Como transmiten diversas fuentes documentales y literarias sobre ciertas entradas de Isabel de Portugal, estas se vieron realzadas por la elevación de arcos triunfales y otras estructuras efímeras preparadas al efecto durante el trayecto urbano. Ya en Badajoz, la primera ciudad española que le tributó un recibimiento, la Emperatriz pasó bajo un «arco triunfal»[60] al dirigirse hacia su aposento, aunque se carece de más noticias

58 Véase la relación «Recibimientos...», en GÓMEZ-SALVAGO SÁNCHEZ, M., *op. cit.* (nota 2), pp. 258 y 259.

59 Sobre ello, véase REDONDO CANTERA, M. J., «Isabel de Portugal. Una Emperatriz entre reinas y otras mujeres de estirpe real», en SÁNCHEZ HERNÁNDEZ, L., *Mujeres en la corte de los Austrias. Una red social, cultural y religiosa y política*, Madrid: Polifemo, 2019, pp. 161-163.

60 La única referencia cierta que tenemos de él pertenece a la descripción de la llegada a Badajoz que hizo el Marqués de Vila Rial en la carta que escribió a Juan III de Portugal (Badajoz, 8 de febrero de 1529): «tinhamlhe feyto hu[m] a que elles chamava[m] triumfall no caminho», BRAAMCAMP FREIRE, A., *op. cit.* (nota 10), p. 594. Según testimonios posteriores e indirectos, menos fiables, se levantaron varios arcos, como recogió GÓMEZ-SALVAGO SÁNCHEZ, M., *op. cit.* (nota 2), pp. 65 y 242.

sobre su configuración, sus materiales o su decoración, lo mismo que sucede con los levantados en otras ciudades. Más tarde, en Sevilla y en Granada, la soberana fue partícipe de unas arquitecturas efímeras que habían sido concebidas esencialmente en honor de su esposo. En otras ocasiones es bastante probable que se volvieran a utilizar anteriores armazones triunfales realizados para las entradas de Carlos V, como debió de hacerse en Burgos. Pero también es cierto que, con menor frecuencia, la Emperatriz hizo su entrada en alguna ciudad a la que aún no había llegado su esposo, como Ávila, o que nunca llegaría a visitar, caso de la capital pacense, por lo que tales decoraciones efímeras serían realizadas en su honor.

No siempre estos arcos fueron estructuras exentas, ni destinadas a pasar por debajo de ellas, sino que se utilizaron como pantallas para proporcionar una mejor imagen u ocultar lo que se encontraba por detrás, como parece que sucedió en Zaragoza, con «un arco triunfal bien trazado» colocado por delante de la Puerta del Portillo o del Muro, sector de la muralla que necesitaba una reparación[61] y que fue el lugar por donde entró la Emperatriz en la ciudad, como era usual. En otras ocasiones, tales estructuras se colocaron por delante de la portada de la Catedral, con objeto de proporcionar un marco más solemne al ritual del encuentro de la Emperatriz con las autoridades eclesiásticas, como consta que se hizo en Ávila en 1531. Cuatro años antes, el escaso margen con el que se planteó su realización en la catedral de Palencia, que fue visitada por la soberana, como exigía el protocolo[62], hace dudar de que se llegara a hacer, a no ser que se acudiera a elementos guardados pertenecientes a otras estructuras efímeras, como eran los monumentos del *Corpus* o de Semana Santa, y que se adaptaran a este acontecimiento.

Aunque estas arquitecturas fingidas tuvieran siempre un sentido glorificador, la denominación de «arco triunfal» no debe ser entendida en todos los casos con un sentido unívoco desde un punto de vista

61 DORMER, D. I., *op. cit.* (nota 22), p. 525. Probablemente lo hizo para ocultar el mal estado en el que se encontraba, GÓMEZ URDÁÑEZ, C., *Arquitectura civil en Zaragoza en el siglo XVI*, t. I, Zaragoza: Ayuntamiento de Zaragoza, 1987, p. 25. RÍO, A. del, *op. cit.* (nota 31), p. 65.

62 El 21 de agosto de 1527 el cabildo catedralicio palentino acordó la conveniencia de «hazer alguna inbençion de arcos triunphales y otras cosas para el recebimiento de la enperatriz nuestra señora», quien hizo su entrada en la ciudad cinco días más tarde, Archivo de la Catedral de Palencia, Libro de Actas Capitulares, 1521-1530, fol. 258 v°.

formal, al modo de los arcos de triunfo de la Antigüedad romana. Durante las primeras décadas del siglo XVI pervivieron las estructuras de madera medievales, cubiertas o decoradas con ramajes. La denominación de arco iba ligada a la forma de su remate, donde se colocaban textos escritos y escudos de armas. En realidad estos «arcos» al modo tardo-medieval fueron provisionales escenarios teatrales donde se colocaron actores disfrazados de alegorías, que recitaban versos u otras composiciones en honor del monarca celebrado, y donde también podían encontrarse pequeños coros que entonaban cánticos. Serían semejantes a los que estuvieron vigentes también en Europa en torno a 1500[63]. Refuerzan esa configuración aún medieval los nombres de «cadalsos» o «castillos» con el que fueron denominadas tales estructuras en ciertas entradas, como debieron de ser las tributadas en Valladolid a Fernando el Católico en (1509 y 1513) y a Carlos V (1517)[64]. Aunque habrían sido un precedente para la entrada en esta ciudad de la Emperatriz, no se conoce, al menos hasta ahora, que se preparara ninguna arquitectura efímera en honor de la soberana.

Desde que Fernando el Católico regresara victorioso de Nápoles y fuera recibido solemnemente en Valencia (1507) y Sevilla (1508), ese nuevo tipo de arquitectura efímera de inspiración clásica, decorada con

63 Una de las ilustraciones del manuscrito que recogió la entrada de Juana la Loca en Bruselas en 1496 puede proporcionar una idea de estas estructuras en las que se escenificaban historias religiosas, alegorías, etc., KIPLING, G., «Brussels, Joanna of Castile, and the Art of Theatrical Illustration (1496)», *Leeds Studies in English*, 32 (2001), p. 246, fig. 9.

64 Durante la entrada de Fernando el Católico en Valladolid a fines de enero de 1509, tres de los cuatro «triunfos» fueron el soporte de *tableaux vivants*, lo que hace pensar en escenarios efímeros que aún no habían adoptado las formas «al romano». Sobre esta entrada, ANDRÉS DÍAZ, R. de, *op. cit.* (nota 8), pp. 321-326 y 328-333. Algo similar ocurrió con la de 1513, estudiada por KNIGHTON, T. y MORTE GARCÍA, M. C, *op. cit.* (nota 8), pp. 119-163, en cuya retórica ceremonial se incorporaron elementos de evocación romana, sin que exista certeza de que se viera acompañada de arquitecturas de aspecto clásico. En cuanto a la entrada de Carlos V en 1517, las cinco o seis «portes de bois, legèrement estoffés, et des personnaiges accoustrez, représentants des histoires» («puertas de madera, ligeramente recubiertas de tela y personajes vestidos representando historias») tampoco permite pensar en arcos «al romano», VITAL, L., «Relación del primer viaje de Carlos V a España», en GARCÍA MERCADAL, J., *op. cit.* (nota 6), pp. 668-669. Los términos «arcos de victoria y carros triunfales» que les dio Anglería y el de «tablados» con el que los denominó Vandenesse parecen ir en el mismo sentido teatral; ambas citas fueron recogidas por PASCUAL MOLINA, J. F., *op. cit.* (nota 34), pp. 96-97.

fingidos relieves de molduras, medallones, figuras o inscripciones «al romano», todo ello pintado en grisalla sobre telas gruesas –sargas o angeos–, ya se había incorporado a las formas celebrativas de los ceremoniales reales[65]. La historiografía admite de modo unánime que los siete arcos de triunfo, la mayoría de tres huecos, de los que el central era mayor, que se levantaron en Sevilla para recibir a los contrayentes imperiales en 1526[66], seguían ese modelo romano, aunque las decoraciones, las alegorías representadas y los textos de las inscripciones se articularon en torno a un discurso ético diferente, pues se dedicaron a las Virtudes que debían adornar al Príncipe. Estas empezaban con la Prudencia (La Macarena) y seguían por la Fortaleza (Santa Marina), la Clemencia (San Marcos), la Paz (Santa Catalina), la Justicia (Alfalfa), las Virtudes Teologales (El Salvador) y la Fama (Las Gradas). A ello se añadieron algunas alusiones heráldicas y composiciones versificadas, en latín y romance, relativas a Isabel de Portugal al principio y al final del recorrido, sobre lo que se consultó a Carlos V, o bien fue ordenado por él mismo o sus asesores[67]. La representación más explícita de la Emperatriz, asociada a la exaltación de Carlos V, se encontraba en el último arco, cuya escena principal consistía en una Gloria que, situada entre las figuras de la pareja imperial, colocaba sendas coronas en su cabeza, mientras que a los lados unos pajes arrodillados llevaban otras coronas. Sobre uno de los arcos menores se evocaba el enlace que se iba a celebrar con una representación de Himeneo, caracterizado por una corona de hiedra en la cabeza y una antorcha encendida en la mano.

Para algunas entradas de la Emperatriz se utilizó indistintamente, al parecer, un tipo de arco u otro, incluso en una misma ciudad. En

65 En Sevilla se levantaron en su honor trece arcos triunfales, compuestos por armazones de madera recubiertos por telas gruesas donde un equipo dirigido por el pintor Alonso Rodríguez Cebadero representó las victorias del Rey, LLEÓ CAÑAL, V., *op. cit.* (nota 8), pp. 11, 14, 16-18 y 23. FALOMIR FAUS, M., *op. cit.* (nota 8), pp. 50-51.

66 Sobre los arcos, ORTIZ DE ZÚÑIGA, D., *op. cit.* (nota 31), pp. 483-487; GÓMEZ-SALVAGO SÁNCHEZ, M., *op. cit.* (nota 2), pp. 127-148, 250 y 256; LLEÓ CAÑAL, V., *Nueva Roma: Mitología y Humanismo en el Renacimiento sevillano*, Sevilla, 1979 (se cita por reed. Madrid: Centro de Estudios Europa Hispánica, 2012), pp. 230-234 y MORALES, A. J., *op. cit.* (nota 11), pp. 37-41.

67 CARRIAZO Y ARROQUÍA, J. de M., «La boda del Emperador. Notas para una historia del amor en el Alcázar de Sevilla», *Archivo Hispalense*, 93-94, 1958, p. 69. Recogido por LLEÓ CAÑAL, V., *op. cit.* (nota 8).

Palencia se levantaron unos arcos ornamentados con hiedra y probablemente también con retama[68], pero hubo otros que se decoraron con unas medallas «e otras pinturas de romano» sobre papel. Estos últimos serían los que se levantaron en la calle Mayor, los más significativos de la entrada. Su estructura de madera fue realizada por Antonio de Valladolid, al que se pagaron 17 ducados. El pintor Francisco de Santa Cruz[69] llevó a cabo las pinturas, para las que usó albayalde, y recibió dos ducados[70].

También debieron de estar hechos al modo de la Antigüedad romana los de la entrada de la Emperatriz en Burgos, ya que se aprovecharían los del recibimiento tributado a Carlos V por esta ciudad en 1520, que habían sido realizados por Diego Siloé[71], buen conocedor del arte italiano de principios del siglo XVI. Asimismo debió de estar hecha al «romano» la estructura de madera enmascarada con grandes lienzos de angeo y cartones, pintados y dorados, que se preparó en la catedral de Ávila en 1531 y que debió de seguir el diseño del escultor Juan Rodríguez, que se ocupó de su realización[72].

Finalmente, para la última entrada en solitario que realizó Isabel de Portugal, que tuvo lugar en Barcelona, no llegaron a terminarse las arquitecturas efímeras previstas, compuestas por dos arcos triunfales, que se iban a localizar extramuros, y un gran trampantojo que, a modo de coliseo, había de alzarse por delante de las Atarazanas[73]. Tan solo se levantó una gran tribuna en la plaza de los Frailes Menores, desde la que la Emperatriz contempló el desfile-homenaje de los gremios. Esta ausencia de aparato efímero celebrativo de alto significado parece estar

68 AMP, Ayuntamiento de 13 de septiembre de 1527, Libro de Actas de 1527, fol. 157 v°.

69 Este pintor, hasta ahora muy poco conocido, trabajó en 1526 en el retablo de la iglesia de Santa María en Villabrágima (Valladolid), GARCÍA CHICO, E., «Nuevos documentos para el estudio del Arte en Castilla. Siglo XVI», *BSAA*, 24, 1958, p. 76. Agradezco a la Dra. Fiz Fuertes que me llamara la atención sobre este dato.

70 AMP, Ayuntamiento de 21 de agosto de 1527, Libro de Actas de 1527, fol. 151; Ayuntamientos de 6 y 30 de septiembre de 1527, *id.*, fols. 156 v°-157 y 159 v°.

71 LÓPEZ MATA, T., *La Catedral de Burgos*, Burgos, 1950 (se cita por ed. de 2008), p. 425.

72 Fue pagado por dirigir el montaje, según las cuentas publicadas por RUIZ AYÚCAR, M. J., *Vasco de la Zarza y su escuela. Documentos*, Ávila: Institución Gran Duque de Alba, 1998, pp. 348-349.

73 Los arcos triunfales *extramuros* se habrían alzado en Collblanc y la Creu Coberta; y el Coliseo había presentado en su frente un orden de pilares al romano y tres alturas de ventanas. Recogido por PÉREZ SAMPER, M. de los Á., *op. cit.* (nota 27), pp. 158-159.

en consonancia con la disminución del reconocimiento a la autoridad de la soberana que decidieron las autoridades de la ciudad, como se ha visto más arriba, ya que acordaron aplicar a la Emperatriz el mismo ritual que, como consorte, se había seguido con Isabel la Católica en 1481, a pesar de que Carlos V había ordenado al arzobispo Fadrique de Portugal, virrey de Cataluña, que su esposa fuera recibida como «nuestra misma Real persona»[74].

2.5. Teatro, música y danzas

Las representaciones teatrales tuvieron una presencia relevante en el recorrido durante las entradas de Isabel de Portugal en ciertas ciudades. El aparato teatral más complejo del que tenemos noticia se desarrolló en Zaragoza, cuando la Emperatriz pasó por la ciudad en 1533. En la Puerta Cinegia de esta ciudad se preparó un arco triunfal «de grande artificio» y complejo significado e iconografía[75], que constituyó el marco de la representación de un entremés compuesto por Hernando de Basurto sobre Santa Engracia, patrona de Zaragoza. A juzgar por la descripción, la escenografía fue espectacular, con sorprendentes recursos como truenos, apariciones entre nubes, mecanismos de bajada y subida de la santa, etc.

Las formas tradicionales de representaciones sobre carretas, convertidas en eventuales escenarios teatrales, formaron parte de los festejos de la llegada de Isabel de Portugal a Toledo en 1527; están documentadas por un pago a Diego de Sagredo, justificado porque preparó unos carros sobre los que se interpretó una farsa[76]. De la ciudad imperial procedió también la compañía teatral formada por ocho oficiales, un tamborino y dos mozos que fue contratada por el Regimiento de Ocaña (Toledo) para interpretar unas farsas y unas danzas en el día de la entrada de la

74 Carta publicada por VOLTES BOU, P., *Cartas del emperador Carlos V a la ciudad de Barcelona*, Barcelona, 1958, pp. 108-109. El acuerdo de los consejeros en DURÁN I SANPERE, A. y SANABRE, J., *op. cit.* (nota 28), vol. I, pp. 416-418.

75 En él se habían figurado las armas de Carlos V, de Isabel de Portugal, las alegorías del Deseo, la Razón, el Contentamiento, la Esperanza, el Ave Fénix (alusión a la belleza de la soberana), Ester y la Reina de Saba, además de algunos emblemas e inscripciones, DORMER, D. I., *op. cit.* (nota 22), p. 527; RÍO, A. del, *op. cit.* (nota 31), pp. 67-73.

76 MARÍAS, F., «Diego de Sagredo, entre Arquitectura y escritura», en MARÍAS, F. y PEREDA, F. (eds.), *Medidas del Romano. Diego de Sagredo*, Toledo: Antonio Pareja, 2000, p. 35.

soberana en 1530, «los quales lo hizieron de tal manera que su magestad se tuvo por muy servida», por lo que se acordó pagarles con largueza[77].

La música y las danzas proporcionaron a las entradas de la Emperatriz una dimensión festiva en el encuentro entre la soberana y sus súbditos que nunca más se repetiría. En cuanto a la música debe distinguirse la «oficial», que acompañaba al séquito de la soberana para anunciar su paso, a la que se sumó la que proporcionó cada ciudad, con ciertas diferencias según las regiones. Entre los instrumentos de viento, aparecen citados trompetas, pífanos, chirimías, sacabuches y dulzainas, y de percusión, los tambores y atabales o tamboriles. En ocasiones se unían ministriles altos o cantores y coros locales.

Como los Ayuntamientos carecían de un cuerpo musical, con frecuencia se solicitó la colaboración de aristócratas distinguidos que disponían regularmente de este tipo de servidores. El duque del Infantado cedió veinticinco músicos para la entrada de Segovia; más limitada fueron la contribución del condestable de Castilla en Burgos (siete), la del duque de Nájera en Palencia (dos), así como las del marqués de Villena (seis) y la duquesa de Maqueda (nueve), en Toledo[78]. En las arquitecturas efímeras de algunos jalones en la entrada también se contó con cierto acompañamiento musical, como los niños cantores disfrazados de virtudes en la catedral de Sevilla[79].

La música popular añadía vistosidad y variedad. En Palencia se convocó a la participación de muchachas, «las mas moças y mejor dispuestas», con la cabeza sin cubrir y el cabello suelto, para que precedieran la comitiva real tocando el pandero y «cantando lo mejor que pudieren». Frecuentemente las ciudades solicitaron asimismo el apoyo de los aldeanos de la zona, que aportaron, entre otras cosas, su música y sus bailes, lo que aseguró el incremento del festejo y la repercusión del acontecimiento entre los súbditos. En Toledo se convocó a los jóvenes —«los mançebos y moças»— de la ribera septentrional del Tajo. En Segovia se

77 Archivo Municipal de Ocaña, Libros de Actas, 38, 1529-1532, Ayuntamiento de 21 de octubre de 1530, s. fol.

78 «[...] nueve menestriles altos, trompetas y atabales de doña teresa enrriquez» y «otros seis menestriles del señor marques de villena... que vinyeron al rrescibimiento de su magestad», AMT, Hacienda, Propios y Arbitrios, leg. 2121, s. fol.

79 Recogidos en dos relaciones publicadas por GÓMEZ-SALVAGO SÁNCHEZ, M., *op. cit.* (nota 2), pp. 243 y 265.

proporcionaron cuarenta y cuatro panderos con los que se acompañara en sus cánticos un grupo de campesinas de su Tierra, «moças e mugeres», que acudieron a homenajear a la Emperatriz. Durante el recorrido previo a la entrada de la soberana en Ávila precedieron a su comitiva «muy vistosas danzas», ejecutadas por muchachas procedentes de los sesmos asociados a la ciudad y, una vez traspasada la muralla abulense, la Emperatriz fue recibida según la versión de Flórez, más prolija y sustentada en tradiciones y fuentes anteriores:

> con arcos, musicas, colgaduras, y danzas, entre las cuales sobresalio una de trecientas mozas aldeanas de la jurisdiccion de Abila, graciosamente vestidas, y acompañadas de sus galanes, con mucho golpe de instrumentos vulgares, panderos, sonajas, tamboriles, y gaytas, que en su natural y rustica sencillez formaban un espectaculo, tanto mas placido y nuevo, quanto menos familiar a los ojos de la Emperatriz y de la Corte. Las Serranas procuraron sobresalir en el festejo, vestidas a su moda. Los Maestros de niños quisieron representar con los suyos unas danzas de Angeles humanados[80].

Este fresco de folklore autóctono y pintoresco, de fuerte pervivencia medieval, que se desplegó a los ojos de la Emperatriz y que no dejó de tener también una dimensión autocelebrativa y de afirmación de identidad local de quienes brindaban su homenaje, conoció unos acentos muy plurales. Desde los vistosos «arcos de mozas con sus cantaricas en las cabezas, de las quales salian flores y açucenas» de Zaragoza, a la zambra morisca con la que la pareja imperial fue festejada en Santa Fe, o las «danzas françesas y de salvajes y romeros y de espadas» ejecutadas por bailarines en Palencia. Los salvajes masculinos también hicieron acto de presencia en Zaragoza, vestidos con un traje de cáñamo e incorporados al gremio de los enjalbegadores que formaron parte de la comitiva que acompañó a la Emperatriz en su entrada.

Por su singularidad merecen también la mención los carruseles de madera instalados en la copa de algunos árboles que giraron al paso de la pareja imperial durante su entrada en Granada. Decorados con telas de

80 FLÓREZ, H., *Memorias de las Reynas Catholicas*, t. II, Madrid, 1761 (ed. facsímil Junta de Castilla y León, 2002), t. I, p. 857.

colores, estos artificios contenían unos músicos que «no hacían otra cosa que tocar y gritar»[81].

2.6. Aparato, apariencia y color. La contribución de los elementos textiles

En el bullicio de la fiesta y en el rito de la ceremonia –dimensiones todas ellas fundidas en las entradas reales– la identificación de sus protagonistas se basaba en su apariencia. A ello contribuían decisivamente sus vestiduras, uno de los aspectos más cuidados y más caros de los recibimientos de la Emperatriz, por medio de los cuales se quiso satisfacer la aspiración a gozar momentáneamente de la suntuosidad que emanaba de la realeza, pero que tenía un coste superior a las posibilidades económicas de las corporaciones municipales.

La misma ciudad se adornó con elementos textiles. Las autoridades municipales se ocuparon de organizar las tareas de «tapizar las calles» del recorrido mediante tejidos de gran tamaño (tapices, reposteros, etc.), para lo que se pidió colaboración a los monasterios y a los nobles de la ciudad, los únicos que poseían este tipo de piezas[82]. La decoración conseguida a base de telas, de variado cromatismo, consiguió proporcionar momentáneamente un aspecto más ordenado y alegre a ciertas partes de la ciudad. A su vez, algunos edificios o sectores vieron reforzada de este modo su superior jerarquía social dentro del conjunto urbano, como la calle Mayor de Palencia o la Puerta de San Martín en Segovia[83]. En Toledo la alianza de su catedral con la monarquía se proclamaba sobre toda la ciudad –sin duda acompañada por los sones de sus campanas durante la ceremonia– mediante los pendones de variado colorido (rojo, amarillo, verde y azul) confeccionados al efecto, que colgaban de su torre mayor, operación que dirigió Diego de Sagredo[84].

En cuanto a la acogida de la soberana por los representantes de la ciudad, esta se manifestaba mediante el palio que había de cubrirla a lo

81 GALLEGO MORELL, A., *op. cit.* (nota 39), p. 272.

82 El Regimiento de Segovia nombró a tres alguaciles para que se ocuparan, entre otras cosas, de la limpieza y de colocar los tapices y colgaduras en «las calles prinçipales por donde su magestad avia de entrar», AMS, «Cuenta de los gastos...» (nota 36), s. fol.

83 Acuerdo del Ayuntamiento de 20 de agosto de 1527: «que toda la calle mayor se atabie y entapiçe muy onradamente y como es razon», AMP, Libro de Actas de 1527, fol. 150.

84 MARÍAS, F., *op. cit.* (nota 76), p. 35.

largo del recorrido y a través de las ropas que vestían los regidores. Ambas cuestiones se convirtieron en una cuestión de gran importancia, tanto desde el punto de vista simbólico, ya que implicaba una asimilación al reconocimiento de la autoridad del monarca y su sacralización[85], como del económico, por la riqueza y el alto coste de los tejidos a emplear. Prueba de ello es que constituyeron uno de los puntos que se abordaron en la consulta que se hizo a Carlos V, antes de que este saliera de Granada, sobre las circunstancias en las que se debía desarrollar el viaje de la Emperatriz hasta Valladolid[86].

En efecto, en el ámbito de la ceremonia civil, el palio bajo el que Isabel de Portugal realizó sus entradas en las ciudades estaba reservado a la dignidad real y solo muy excepcionalmente su uso se había hecho extensivo a las entradas de consortes reales, de herederos o de muy ilustres personajes[87]. El relativo desconcierto que sacudió a las ciudades donde se iba a recibir a la Emperatriz motivó que recabaran información sobre lo acontecido[88], ya que querían estar a la altura de las circunstancias[89]. La entrada de la Emperatriz en Toledo se tomó como pauta para las siguientes en Madrid y Segovia.

Las documentaciones municipales que hemos localizado sobre las entradas de Isabel de Portugal informan acerca de la calidad de las ricas telas empleadas, de las cantidades que se necesitaron y de su precio, acorde todo ello con la jerarquía de su simbolismo. El palio se confec-

85 Su uso para las entradas reales castellanas está testimoniado desde el siglo XIV. CARRASCO MANCHADO, A. I., *op. cit.* (nota 4), pp. 209-210.

86 A la cuestión «Su Majestad deje mandado como sera de los palios y vestidos de los regidores porque en cada ciudad sepan lo que han de hacer», la respuesta fue «lo que se ha acostumbrado y Su Majestad [la Emperatriz] mandare», AGS, Estado, leg. 14, fol. 239.

87 CARRASCO MANCHADO, A. I., *op. cit.* (nota 4), pp. 209-210.

88 El Regimiento de Madrid envió a un emisario para que estuviera presente en la entrada de Toledo e informara sobre ello, Ayuntamiento de 17 de enero de 1527, Archivo de la Villa de Madrid (AVM), Libros de Actas, nº 10. 1527, fol. 41 vº-42.

89 En previsión de la llegada de la soberana a Madrid, en el Ayuntamiento de 21 de enero de 1527, los «señores rregidores e corregidor fablaron sobre las rropas del Reçebemiento de la enperatriz nuestra señora porque an sabido como en toledo e en valladolid y en ubeda e baeça an sacado e quieren sacar rropas largas de terciopelo carmesi e de otros terciopelos de colores [...] e porque esta villa no es de menos qualidad para dexar de faser el Reçebemiento cumplidamente que acordaron que se sacasen las rropas largas aforradas todas en damasco morado o rraso», AVM, Libros de Actas, nº 10, 1527, fol. 42 vº.

cionó con tela de oro o con brocado, este ultimo algo menos caro; para ello se emplearon unas veinte varas[90]. A ello se añadían: el «forro» o cielo, de raso o tafetán, que tenía su importancia ya que era visible para quienes asistían al paso de la comitiva; las goteras que colgaban alrededor; los flecos que remataban; los cordones que ocultaban las costuras y, eventualmente, los bordados heráldicos aplicados al cielo y a las goteras, para lo que se emplearon telas e hilos de seda, oro o plata. La introducción de la heráldica local en una zona secundaria, como eran las goteras[91], expresaba una cierta alianza entre la soberana y la ciudad, pero también testimoniaba quién lo había pagado, pues el palio, al menos en lo que se sabe con respecto al Emperador, pasaba a la caballeriza real. Se conocen los nombres de algunos artífices que intervinieron en estos palios y que se encontrarían entre los más hábiles del lugar[92].

Por su parte, fue la ocasión para que los regidores o jurados, cuyo número se situaba en torno a veinte, se lucieran en la ceremonia con espléndidas «ropas rozagantes» como las usadas desde los primeros recibimientos, en Úbeda y Baeza[93]. Este nuevo tipo de prenda de abrigo larga, llamada gramalla en Aragón, sustituyó a la anterior ropa lombarda, más corta, y se confeccionó con terciopelo o raso generalmente de color carmesí[94]; se forraba con damasco o raso (morado, blanco o carmesí) y se completaba con una gorra a juego. En Segovia el peletero real, Peti Juan, forró las ropas de armiño, por lo que cada una alcanzó

90 AVM, Libros de Actas, 10, 1527, fol. 40 v°, 41v°-42, 43 v°. En Valladolid se acordó que se utilizara el brocado más barato que se encontrara, pero que se pusiera «un escudo en el medio del en que se borden las armas del emperador e emperatriz nuestros señores e las goteras de raso con escudos bordados con las armas de la emperatriz y de la villa e las varas doradas e las flocaduras conforme al color del brocado». Finalmente, las 16 varas del brocado de tres altos costaron 224 ducados, Archivo Municipal de Valladolid (AMV), Libros de Actas, 5, Ayuntamiento de 2 de enero de 1527, fol. 5 v°.

91 En las del palio de Valladolid se bordaron «las armas de la emperatriz y de la villa», AMV, Ayuntamiento de 7 de enero de 1527, Libros de Actas, 5, fols. 5 v°y 282 v°.

92 El de Toledo fue obra del sastre Antolín, quien cobró 600 maravedís, y del cordonero Diego de Alcalá. En el de Segovia participaron el bordador Pedro Muñoz, el pintor Alonso Vélez, que doró y pintó los veinte varales hechos con astas de lanzas, un cordonero llamado Gaspar y un sastre apellidado Martínez. AMT, Hacienda, Propios y Arbitrios, leg. 2121, Cuentas de 1526, s. fol.

93 AVM, Libros de Actas, 19, 1527, Ayuntamiento de 21 de enero, fol. 42 v°.

94 En Granada fue naranja y en Toledo, azul. GALLEGO MORELL, A., *op. cit.* (nota 39), p. 272 y AMT (nota 40).

el elevado precio de 18.306 maravedís. Los regidores vallisoletanos también añadieron piel de marta a las mangas francesas de sus ropas y para asegurar que las prendas que se llevaban debajo no desmerecieran esas ricas piezas de abrigo, algunos regidores se confeccionaron nuevos sayos, jubones, calzas y zapatones de terciopelo, raso o damasco[95]. Excepcionalmente en Zaragoza los jurados lo pagaron «a sus costas»[96], pero generalmente todo ello corrió a cargo del presupuesto municipal y se tuvo que acudir al endeudamiento de los municipios o a excesivos impuestos para sufragarlo. Tras su paso por Valladolid, donde cada ropa para la entrada de la Emperatriz había llegado a costar 25.000 maravedís, Carlos V intentó frenar este gasto suntuario y ordenó que en la entrada siguiente, en Palencia, no se sobrepasara el precio de 8.000 maravedís para cada una. Sin embargo para la sucesiva, en Burgos, admitió que costara sesenta ducados[97], lo que casi lo triplicaba...

Conclusión

Las entradas de Isabel de Portugal alcanzaron una dimensión que nunca antes había conocido una reina consorte, ya que se concibieron con una nueva densidad política, no sólo por la alta dignidad de su esposo, sino también por la importancia del papel institucional que ella encarnó en su ausencia. Las formas celebrativas recogieron la tradición tardomedieval, sobre todo en lo que se refiere a los rituales y a la aportación popular al festejo, y convivieron con los nuevos significados y las arquitecturas efímeras *all'antica* del imaginario imperial. Conscientes de los nuevos tiempos que vivían, por parte de la Corona y de las autoridades municipales se registró un anhelo y un despliegue de suntuosidad con el que se pretendía manifestar el alcance del poder de Carlos V.

A su vez, el protagonismo femenino de las entradas de la Emperatriz constituye el arranque definitivo de las ceremonias que se tributaron a las

95 Algunas de estas prendas se mencionan en Palencia, donde también se mandaron hacer unas cadenas de oro, para colocarse por encim, AMP, Libro de Actas 1527, fol. 151.

96 Río, A. del, *op. cit.* (nota 31), p. 61.

97 Archivo Municipal de Burgos (AMB), LA 61, Ayuntamiento de 9 de octubre de 1527, fol. 214.

consortes de los monarcas españoles de la Edad Moderna, de Felipe II en adelante, con motivo de su llegada para la celebración de sus esponsales. Aunque la relevancia política e institucional de estas reinas no llegó a alcanzar la de Isabel de Portugal, la consolidación de estas ceremonias de protagonismo femenino y los signos de los tiempos les otorgaron una creciente complejidad en el aparato ceremonial y en su despliegue triunfal.